

HOMILÍA HOGAR CATEQUÍSTICO

Queridos hermanos,

Con alegría nos reunimos para celebrar la eucaristía en la cual se entregarán los títulos académicos a un grupo importante de personas que se han formado el Hogar Catequístico. Este, sin duda, es un momento de acción de gracias en el que hacemos vivo, con especial vitalidad, el lema que inspira este instituto: *id y enseñad*.

La historia nos recuerda que la fundación del Hogar Catequístico, institución está el día 4 de agosto de 1936, por iniciativa de Elisa Valdés Ossa y un grupo de laicos que asume el compromiso de la necesidad de formar maestras de Religión y así colaborar con la misión evangelizadora de nuestra Iglesia, y específicamente en el ministerio de la educación religiosa escolar, formando lo que en esa época se designaba como profesorado catequístico, y en la creación de material didáctico para la catequesis.

¡Como nos interpela el salmo responsorial! Nosotros los docentes, haciendo propio las palabras del salmista le decimos al Señor “enséñame la discreción y la sabiduría, enséñame tus mandamientos”. Es que el salmo nos provoca a ser antes que maestros, discípulos de una persona, Jesucristo y a vivir insertos en su comunidad, la Iglesia, para desde ella ir y evangelizar. Por eso, antes de enseñar, una y otra vez hemos de reconocer que somos hombres y mujeres que día a día necesitamos ser discípulos para ser maestros, creciendo en sabiduría para transmitir la fe, con fidelidad a los mandamientos, buscando expresar con coherencia las verdades sobre Dios y sobre el hombre.

El drama descrito por Pablo a los Romanos nos lleva a desentrañar la paradoja de la vida cristiana: que en ella conviven los deseos más sublimes con grandes debilidades. San Pablo lo expresa con magistral elocuencia: “no hago el bien que quiero sino el mal que no quiero”. La paradoja de nuestra humanidad nos lleva a ser contradictorios. Pero esa no es la realidad definitiva, el hombre caído no es la última palabra sino el hombre capaz de levantarse, no por su sola fuerza sino por la gracia que hace posible la fecundidad de todo esfuerzo humano. No obstante la fragilidad de Pablo

expresada en la epístola vemos como contraste su incuestionable fidelidad al Señor. Constatando su propia pequeñez a tiempo y a destiempo transmitió la enseñanza apostólica sabiendo que entregaba algo de lo cual no era dueño sino administrador. También nosotros, testigos y evangelizadores, no transmitimos una verdad propia sino la Verdad de Jesucristo enseñada y entregada por la Iglesia. No se entiende nuestro servicio sino es en esa lógica y en esa dinámica.

El Evangelio de Lucas nos provoca a ver e interpretar los signos del tiempo presente, a veces contradictorios y lacerantes con la Iglesia, con el realismo de la esperanza, es decir, con esa actitud que no elude el dramatismo del pecado pero que comprende la historia y nuestra misión en ella con una sobre abundante esperanza porque, en medio de la fragilidad humana, se manifiesta una y otra vez la grandeza del Señor de la misericordia. Hoy, con inusitada fuerza, el Pueblo de Dios parece interpelarnos a leer lo que acontece con la fe de la Iglesia, no con interpretaciones particularistas distanciadas del Magisterio y de la Revelación; a comprender, como san Pablo que gracia y pecado parecen convivir, pero con la certeza que es la gracia la que sobreabunda.

Los signos de los tiempos también nos interpelan a dar una respuesta, o al menos una lectura creyente, frente a la dictadura del relativismo que irrumpe en todos los lugares y aulas confundiendo a las personas y legitimando la negación de la verdad; al individualismo 'instalado' donde el 'otro' desaparece frente al exacerbamiento del yo; a la crisis de sentido que esconde una antropología no católica y autodestructiva para el hombre; a la ideologización que lleva a la persona a proceder, incluso en los ambientes académicos, más por conveniencias humanas que de cara a Dios haciendo de su opción o la de unos cuantos 'la verdad'. En fin, hemos de abordar de cara a Dios y con honestidad lo que está a la base de los problemas de nuestro tiempo para proporcionar claves de lectura creyente que ayuden a tener criterios de discernimiento y juicio cristianos para abordar estas problemáticas.

Pero, ¿Cómo es posible realizar esta tarea y ser fieles a este desafío? La comprensión de la religión y de la pedagogía como disciplinas al servicio del hombre integral nos exigen ayudarnos y ayudar a toda la comunidad a entender con mayor simpleza el complejo camino de la revelación, a experimentar la cercanía de Dios y su manifestación en la historia, a asumir un mayor protagonismo en la construcción del Reino. Y este servicio solo es posible en la medida que seamos fieles a la Iglesia, no solo en lo formal,

sino en las salas de clases. Somos catequistas y pedagogos al servicio del Evangelio, por mandato de la Iglesia, para enseñar la fe de Pedro creída y proclamada por la comunidad de los discípulos.

Pero esta noble tarea se nos vuelve a nosotros un desafío complejo porque nos exige una evangelización fiel y de calidad, una docencia fiel a la Tradición, una comunión plena con el Sucesor de Pedro y con nuestro Obispo, una preocupación por contribuir ser agentes de comunión en la Iglesia. Pero todos estos aspectos llevan unidos otra exigencia: una íntima y creciente relación con el Señor que pasa por el encuentro cotidiano, personal y comunitario, con quien mejor que nadie puede saciar nuestra sed de verdad. La catequesis, la evangelización, no pueden eludir en su camino el confrontar, en la propia vida espiritual, lo que busca transmitir y enseñar. Como nos señaló Benedicto XVI en la reciente Jornada Mundial de la Juventud en Madrid: “Todo esto nos invita a volver siempre la mirada a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad que nos ilumina, pero que también es el Camino que lleva a la plenitud perdurable, siendo Caminante junto a nosotros y sosteniéndonos con su amor. Arraigados en Él, seréis buenos guías de nuestros jóvenes”.

Pidamos al Señor que nos ayude a ser buenos discípulos para que, arraigados y edificados en Cristo transmitamos íntegramente el depósito de la fe a niños, jóvenes y adultos, a partir de nuestra propia experiencia de vida cristiana, del encuentro cotidiano con el Señor, que hace de nuestra docencia no solo un formal servicio sino una fundamental entrega de algo que hemos estudiado, pero, por sobre todo, que nos ha interpelado la vida y nos ha provocado en lo personal una constante conversión a Cristo.

Que María, la fiel servidora y maestra de vida del Señor, nos acompañe en este caminar de modo que, como discípulos y misioneros de Jesucristo, seamos transmisores humildes y fieles de la enseñanza de la Iglesia, y que esta docencia no sea otra cosa que la entrega de una síntesis vital de la propia fe.